

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

19



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1978

correcta. Las proposiciones que manejan los metafísicos —al decir de los positivistas lógicos— no son ni verdaderas ni falsas, porque carecen en absoluto de sentido.

Examinemos el método del empirismo radical, considerado por sus autores como terapéutica filosófica. El filósofo analítico utiliza la experiencia personal de él mismo. Formula entonces una *proposición protocolaria* o de base que confirma algún pensamiento. Las significaciones han de ser verificadas por medio de las proposiciones protocolarias (de experiencia inmediata). El filosofar de los analistas no sale del lenguaje. Empieza con las palabras y termina con las palabras. ¡Cuidado con rozar el *ser* de los entes reales! La semiótica —semántica, sintaxis y pragmática— es el método ideal. Se estudian los signos en relación con los objetos designados y se prueba la realidad de las proposiciones protocolarias (semántica); se combinan los signos entre sí a base de reglas convencionales, haciendo caso omiso de lo que designan y significan los signos en la realidad (sintaxis); se determina la relación de los signos con los intérpretes que los usan (pragmática).

Dentro del positivismo lógico —sin mengua de las peculiaridades de cada cual— agrupamos a Bertrand Russell con su atomismo lógico, a Ludwig Wittgenstein con su análisis filosófico del lenguaje, al “Círculo de Viena” —Philip Frank, Hans Hahn, Otto Neurath, Moritz Schlick, Rudolf Carnap—, a la Escuela Lógica de Berlín con Hans Reichenbach a la cabeza, la Escuela Lógica de Varsovia representada por Tadeo Kotarbinski; Alfred J. Ayer, John Wisdom, Gilbert Ryle y J. L. Austin en Inglaterra. Todos ellos se oponen a la reflexión metafísica y a la Filosofía especulativa; postulan la unidad metódica de las ciencias; entronizan un lenguaje científico —para evitar todo pseudo-problema— y una nueva lógica; acentúan fuertemente el viejo empirismo de Hume. Russell identifica la matemática con la lógica y postula una concepción determinista del mundo y de la vida. “Las percepciones individuales —dice B. Russell— son la base de todo nuestro conocimiento, y no existe ningún método por el que podamos comenzar con datos que sean propiedad pública de muchos observadores” (*El conocimiento humano*, pág. 25, Editorial Revista de Occidente, Madrid). Ludwig Wittgenstein ve toda la filosofía a la luz de la correcta o de la falsa interpretación del lenguaje. El mundo acaece. Los acaecimientos son hechos atómicos. Los hechos atómicos se piensan en figuras lógicas. Las figuras lógicas son proposiciones con significado. Las proposiciones con significado son funciones en verdad de las proposiciones elementales (proposiciones de verdad de sí mismas). La forma de expresión de verdad se expresa simbólicamente: (P, ξ , N, [ξ]). “De lo que no se puede hablar, mejor es callarse (*Wovon*

man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen”) (*Tractatus Lógico-Philosophicus*, edición bilingüe, pág. 190, Editorial Revista de Occidente, Madrid).

Antes de plantearse la cuestión de la verdad de los enunciados, la Filosofía analítica trata de averiguar su significado. Para ello realiza: 1) una descripción funcional (compara la palabra con otras palabras y aclara el sentido del término); 2) un retrotraimiento formal-operativo (cada palabra del lenguaje es retrotraída a otras palabras y finalmente a las palabras que aparecen en las proposiciones protocolarias); 3) una verificación directa —fundada en una percepción inmediata— o indirecta —se echa mano de otros enunciados ya verificados—. Hay dos clases de proposiciones con sentido: las proposiciones tautológicas (proposiciones analíticas en las cuales el predicado está implícitamente contenido en el sujeto) y proposiciones verificables empíricamente (observables y experimentables). Mientras las tautologías tienen carácter de necesidad lógica, las leyes de la naturaleza se basan en probabilidades estadísticas o inductivas. Lo probable, para Reichenbach, es lo verosímil. La lógica polivalente opera con proposiciones probables —más o menos verdaderas— para aprovechar un cálculo proposicional útil a la ciencia unificada. El lenguaje unificado de la ciencia unificada proviene de la física. Por lo menos así lo cree Otto Neurath con su fisicalismo radical.

Para Rudolf Carnap los conceptos metafísicos no pueden verificarse empíricamente; en consecuencia, carecen de una recta significación. Los pseudo-conceptos metafísicos quedan al descubierto mediante la analogía lógica del lenguaje. Las pseudoproposiciones metafísicas las rechaza la sintaxis lógica. La ambivalente palabra *ser* se usa como cópula o como predicado de existencia. Sólo que la existencia no es una propiedad. La metafísica no es ciencia sino una expresión emotiva de la vida. Oigamos a Carnap: “La metafísica surge de la necesidad de dar expresión a una actitud emotiva ante la vida, a la postura emocional y volitiva del hombre ante el medio circundante, ante el prójimo, ante las tareas a las que se dedica, ante los infortunios que le aquejan”. (*La superación de la metafísica por medio del análisis lógico del lenguaje*, págs. 31-32, Centro de Estudios Filosóficos, Universidad Nacional Autónoma de México.) Y líneas adelante, el autor austríaco llega a lo pintoresco cuando dice: “los metafísicos son músicos sin capacidad musical, en sustitución de la cual tienen una marcada inclinación a trabajar en el campo de lo teórico, a conectar conceptos y pensamientos” (*op. cit.*, pág. 33). Es como si a nosotros se nos ocurriese decir: *los positivistas lógicos son mecánicos ciegos, con inclinación a construir un sistema verbal incon-*

taminado, en sustitución de lo cual tienen una marcada inclinación a trabajar en la eliminación de la metafísica haciendo una mala metafísica. Las ilimitadas proposiciones universales no son verificables. Ningún positivista lógico ha verificado universalmente la proposición: "Todo cobre conduce la electricidad". La verificación de los positivistas lógicos es una ridícula panacea que pretende servir lo mismo para negar la existencia de Dios que para probar que la puerta de la casa del "filósofo" Carnap es de madera. Las inferencias de Carnap son las mismas que harían los técnicos o los científicos especializados con mayor derecho que él. Porque primero hablan los hombres de ciencia y luego vienen los analistas con su sintaxis lógica. "La lógica —como advierte Francisco Larroyo— tiene que ver con las ciencias particulares, es cierto, pero no para repetir el trabajo del investigador, ni menos para suministrar a éste reglas prácticas" (*El positivismo lógico "pro y contra"*, pág. 138, Editorial Porrúa, S. A., México, 1968). La Lógica no está para confirmar ni para crear las ciencias particulares. Está muy bien que se depure el lenguaje, pero está muy mal que se reduzca la filosofía a análisis del lenguaje. Resulta loable desenmascarar algunas ilusiones especulativas, pero resulta vituperable confundir la metafísica con las ilusiones especulativas. El simplismo grosero, en materia de método, desconoce la riqueza de los objetos de conocimiento que exige una pluralidad de métodos. El filósofo analista se inmiscuye en todo sin construir nada. Si la filosofía es amor a la sabiduría, el analista resulta un entusiasta aficionado a la ciencia y un malogrado filósofo. Nada nos dice de los últimos y más significativos problemas de la vida humana. Ninguna teoría del universo, de lo universal en cuanto universalizable. Ninguna explicación fundamental de todo cuanto hay, del horizonte de la habencia. Sólo un atomismo lógico y un empirismo radical. Si el concepto de verificabilidad empírica no es apto para explicar la ciencia natural, como atinadamente ha observado Karl Popper, menos lo puede ser para eliminar la metafísica del panorama filosófico. La Filosofía es una totalidad y la Metafísica es el gran núcleo que no se puede ignorar so-pretexto de "rigor" matemático. La Filosofía no es Matemática. La Matemática nada nos dice sobre la naturaleza del número, del espacio y del tiempo. Los conceptos originarios de la Matemática (cantidad indistinta, división, unidad, número) son irreductibles a la Lógica. Los axiomas no son proposiciones lógicas ni los conceptos básicos de la matemática son conceptos lógicos.

2. La Ceguera de los Neopositivistas para la Metafísica

El círculo de Viena se orientó decididamente hacia las cuestión gnoseoló-

gicas —especialmente en sus aspectos lógico-simbólicos— evitando (o tratando de evitar) todo problema metafísico, todo matiz ontológico. Dirige su atención a las estructuras relacionales, simbólicas y expresivas del lenguaje, y cierra los ojos —en actitud de voluntaria ceguera— a la real estructura de los entes, del mundo, de la totalidad de cuanto hay y del pensar. El positivismo lógico se cierra en sus estructuras lingüísticas y se bloquea el horizonte para ulteriores avances. Permanece ciego a las totalidades estructurales y jerárquicas del universo y del hombre.

Por elementales principios de honestidad intelectual, es preciso reconocer, en el positivismo lógico, un alto nivel de pureza y rigor lógicos. Nos ayuda a deshacer anfibologías y a liberarnos de los peligros de ambigüedad. Desgraciadamente los positivistas lógicos decretan como irreal e irrelevante todos los aspectos irracionales, superracionales, misteriosos de la realidad porque les resultan *informalizables*. Lo que no pueden reducir a signos matemáticos lo suprimen. Pero lo suprimido sigue estando en el conjunto de todo cuanto hay, en la habencia, aunque lo pretendan destruir por afirmaciones puramente lingüísticas sin sostén entitativo, óntico. Si la habencia fuese tan transparente y tranquilamente racional, bastaría la lógica formal y saldría sobrando la Filosofía. Esta disciplina quedaría disuelta en múltiples ciencias particulares o reducida a un alto epílogo de ciencia. Lo que no entra en los moldes de la lógica del neopositivismo está descalificado (en la mente de los positivistas lógicos). Lo que no pueden ordenar ni Russell, ni Wittgenstein, ni Carnap, ni Ayer, ni ninguna escuela es que el hombre *calle* ante el problema del ser de los entes, de las relaciones de los entes entre sí y de éstas con el pensamiento. Ninguna escuela puede suprimir lo que no alcanza a comprender. La razón calculadora, lógica-matemática, tiene sus límites. Y el último acto de la razón es reconocer que la razón tiene límites.

Carnap subordina la Filosofía a las Ciencias, a la legalidad científica, desnaturalizando a la Filosofía —cuya función siempre ha sido ocuparse de lo que las ciencias no pueden abarcar, por no ser accesible a sus métodos privados— e incapacitándose para llegar a conceptos-límite: "absoluto", "incondicionado", "realidad irrespectiva", "Dios", "ser", "nada", por quererlos *verificar* empíricamente. Uno de los mayores errores de Rudolf Carnap —y de los positivistas lógicos— es el de confundir lo *inverificable* empíricamente con lo *falso*. Si toda la realidad ha de reducirse a los datos sensibles de la experiencia actual —de acuerdo con la postura de Mach, Schlick y Carnap— habría que negarle objetividad a la propia Física que sirve de modelo a los miembros del "Wiener Kreis". Por algo Karl Popper y Max Planck han acusado de psicologismo al positivismo lógico. Si el mundo físico no se halla

constituido por nuestras experiencias sensibles, el momento metafísico es inevitable. Un científico de la talla de Max Planck afirma que ningún progreso es factible para la ciencia sin un criterio de valor. ¿Cómo discriminar, sin un criterio axiológico, hipótesis y teorías? Ahora bien, el concepto de valor rebasa el ámbito de todas y cada una de las ciencias experimentales. He aquí unas aleccionadoras palabras de Max Planck: "En todo caso deberíamos nosotros, creo yo, aferrarnos a la hipótesis fundamental de toda investigación científica de que todo lo que ocurre en el universo transcurre con independencia del hombre y de sus aparatos de medición" (*¿Determinismo o indeterminismo?*, en el libro en colaboración: I, Max Planck (Premio Nóbel): *¿Determinismo o indeterminismo?* II, Erwin Schrodinger (Premio Nóbel): *La idea fundamental de la mecánica ondulatoria*. III, Werner Heisenberg (Premio Nóbel): *La unidad de la imagen científico-natural del mundo*, pág. 33, I, Cuatro Pliegos, Madrid, MCMXLVII). Los grandes científicos son mucho más prudentes que los neopositivistas. Vaya ahora este texto de Erwin Schrodinger: "No se puede decir nunca lo que es real o lo que ocurre realmente, sino sólo lo que se observará en el caso real concreto... La ciencia exacta, en fin de cuentas, no debe tender más que a la descripción de lo efectivamente observante" (*La idea fundamental de la mecánica ondulatoria*, en la obra citada, pág. 69, II). Ir más allá, identificando lo inverificable o lo inobservable con lo falso, es una falsedad y es una extrapolación científica. Contra el fiscalismo cerrado del "Círculo de Viena", contra el simplismo metódico de los neopositivistas, escuchemos una valiosa advertencia que nos formula Werner Heisenberg: "...una imagen del mundo, por lo menos en principio, debe abarcar todos los dominios del Universo. En ella debe corresponderle a cada distrito de la realidad un lugar determinado. Precisamente por esta condición se hicieron patentes de manera tan clara los fallos de la imagen del mundo orientada hacia la física clásica; porque los dominios espirituales aparecían en aquella imagen del mundo, en cierto modo, sólo como el polo opuesto de la realidad material no contenido en ella. El andamiaje conceptual de la física clásica era demasiado rígido para poder recibir en sí, sin violencias, nuevas y distintas experiencias" (*La Unidad de la imagen científico-natural del mundo*, op. cit., pág. 103, III).

La crítica a la metafísica, emprendida por los neopositivistas de nuestro siglo, tiene valor en cuanto se apoya en la odiada metafísica. Sin base metafísica no cabe articular una metodología científica. Cuando el físico, el químico o el biólogo buscan una ley suponen que existe *algo* por buscar y que aún no ha sido hallado. Suponen que existe, cuando menos, un mundo físico, un mundo químico, un mundo biológico independientemente del ex-

perimentador y de sus proposiciones protocolarias. *Algo* ha sido hallado por las diversas ciencias y medido independientemente de una experiencia subjetiva. Crear objeto de búsqueda para la ciencia, sin presupuestos reales, ontológicos, es una pura quimera. Si algo se impone, se impone la metafísica. El método científico —que no es una construcción filosófica— se remite con inmediatez a las bases metafísicas comunes y naturales. De otra suerte, la física, la biología, la química y las restantes ciencias se volatizan en su significado. En el mismo principio de verificabilidad subyacen conceptos metafísicos: entes concretos, realidad. Lo malo del caso es que la experiencia estrictamente personal y subjetiva incapacita para llegar al ser objetivo de los entes, a las relaciones reales entre los entes, al horizonte de la habencia y a la comunicación con los otros hombres. El color violeta es, para mí, la impresión que experimento al ver aquella parte del arco iris a la que precisamente denominamos violeta. Pero la impresión del color violeta es mía, incomunicable y podría diferir del violeta de otras impresiones. Si sólo se trata de impresiones y creaciones mías, caemos en un solipsismo. Una vez encerrado en mis impresiones, no puedo salir de ellas, aunque se intenten acrobacias carnapianas. El fiscalismo de Neurath, si no quiere reducirse a vacío logicismo, tiene que recurrir a la instancia metafísica. Al identificar lo *significante* con lo *verificable*, los positivistas lógicos eliminan al sujeto, lo diluyen en experiencias impersonales. De ahí la afirmación de Wittgenstein: *Das denkende, vorstellende Subjekt gibt es nicht (Tractatus logico-philosophicus*, 5, 631), "El sujeto pensante, representante, no existe". Objeto y sujeto se diluyen en la experiencia o en las experiencias. Cabe preguntar a los neopositivistas: ¿Existe una experiencia sin un sujeto experimentante? ¿Puede concebirse un sujeto experimentante sin circunstancia, sin mundo, sin universo? Si a la verificación fenoménica se le da concreción y subsistencia autónomas, ya se volvió, en alguna manera, al objeto realístico de la antañona metafísica. Otro de los graves errores en que incurren los positivistas lógicos, estriba en sostener que las palabras no indican por sí mismas objetos o conceptos, sino que "el concepto no es sino el conjunto de las reglas que fijan el uso de la palabra correspondiente al mismo". El pensamiento se reduce a palabra. El lenguaje es el complejo de reglas admitidas arbitraria o convencionalmente. El concepto universal de hombre, según el positivismo lógico, pasa a ser un complejo de reglas lingüísticas arbitrarias, indicadas a muchas experiencias distintas, sin estructura permanente alguna, sin ninguna base metafísica que fundamente la aplicación de la palabra hombre a muchos hombres concretos. Estamos ante un nuevo nominalismo empirista, relativista, y a la postre, escéptico. La metafísica no resucita, porque no ha muerto. Se le expulsó por la puerta del edificio neopositivista y se

coló por la ventana. De ahí la afirmación de un filósofo contemporáneo de habla española: "la filosofía o es metafísica o no existe". Vale la pena realizar el análisis crítico del positivismo lógico para corroborar la verdad de ese aserto.

3. Diecisiete Objeciones al Positivismo Lógico

Los cultivadores de la metafísica no podemos ignorar la pretendida eliminación de nuestra disciplina, por parte de los positivistas lógicos, en el campo de la filosofía. Una vez expuesta la teoría neopositivista, es preciso tomar posición frente a ella. Nuestras observaciones críticas al positivismo lógico las podemos condensar en 17 objeciones:

1o. La crítica del positivismo lógico a la metafísica, en apariencia de logicidad férrea, abunda en puntos débiles. El valor que pudiese tener esta crítica depende de la abominada metafísica, a la cual se expulsa por la puerta de la construcción neopositivista y regresa por la ventana. Cuando el físico, el químico y el biólogo buscan una ley, suponen que existe algo que buscar y que aún no ha sido hallado; suponen que existe, por lo menos, un mundo físico, un mundo químico, un mundo biológico —según el caso— independientemente del experimentador y de su experimentar. La exigencia metafísica de algo se impone. Sin entes, sin realidad, sin la totalidad de cuanto hay, la física, la sintaxis lógica y las restantes disciplinas pierden el significado propio.

2o. La lógica no está para crear o confirmar los asertos de las ciencias particulares. Depurar el lenguaje de anfibologías y pseudoproposiciones no es la única ni la más importante tarea de la filosofía. Del hecho de haber desenmascarado algunas ilusiones especulativas no puede concluirse que toda la metafísica y cualquier metafísica es una ilusión especulativa.

3o. El grosero simplismo metódico de los neopositivistas desconoce la riqueza de los objetos de conocimiento que exige una pluralidad de métodos. Si la filosofía es una explicación fundamental de la realidad entera y una sabiduría vital de los últimos problemas humanos, el analista del lenguaje lógico resulta un entusiasta aficionado a la ciencia y un malogrado filósofo.

4o. Si el concepto de verificabilidad no es apto para explicar la ciencia natural, como certeramente ha observado Karl R. Popper, menos lo puede ser para eliminar la metafísica del panorama filosófico.

5o. El principio de verificabilidad no es verificable ni ha sido demostrado. Debería demostrarse que la única fuente de conocimiento es la experiencia

sensible. El principio priva de sentido a las proposiciones generales de la ciencia, a las leyes naturales. Dentro del principio de verificabilidad quedan ocultos conceptos metafísicos.

6o. *Reductio ad absurdum*: Se dice que sólo lo experimentable es significativo: la realidad queda contenida en la experiencia y nada existe fuera de ella. Pero la experiencia es personal, subjetiva e incommunicable. Por lo tanto, mi impresión del color amarillo podría diferir del amarillo de otros. De este modo se elimina la objetividad y la posibilidad de comunicación intersubjetiva, que son esenciales a la ciencia. El neopositivismo, al querer crear un fundamento lógico para la ciencia, elimina la objetividad y cae en solipsismo. Una vez encerrado en mis sensaciones no puedo salir de ellas. Inútil el intento del fiscalismo de Neurath al hablar de un lenguaje intersensual e intersubjetivo, prescindiendo del sujeto y del objeto correspondientes. Cuando no hay contenido caemos en vacuo logicismo, en huera sintaxis.

7o. Si significativo equivale a verificable, queda eliminado el sujeto. El hecho no es ni subjetivo ni objetivo. No hay ni objeto ni sujeto, sólo hay experiencia. El solipsismo de Wittgenstein cae en el absurdo. Porque es absurdo pensar una experiencia sin pensar algún sujeto que experimente algún objeto. Y si la experiencia es identificada con la realidad en sentido fenoménico, la metafísica realista del sentido común resurge de nuevo.

8o. El nominalismo extremo del positivismo lógico convierte nuestro pensamiento en palabra y lenguaje. No hay conceptos universales (hombre, mujer, tigre, árbol), sino reglas lingüísticas convencionales, arbitrarias, indicadas por su nombre y aplicadas a muchas experiencias distintas aunque semejantes. Este nominalismo presupone el relativismo —en el ser y en el conocer— y éste, a su vez, el escepticismo. Al no aceptar la metafísica, se suprime la base para toda verdad, en cualquier sistema y, por ende, también en el propio sistema.

9o. Reducir toda posible experiencia a la experiencia de la ciencia natural, es empobrecer, innecesariamente, el campo del conocimiento.

10o. Eliminar los problemas metafísicos, para adherirse en forma dogmática a alguna de las soluciones tradicionales del pensamiento, es volver a la metafísica, aunque de modo torpe e inconsciente.

11o. Escamotear el verdadero problema del conocimiento —relación de las ideas con los objetos— no es resolverlo.

12o. Del hecho de que las condiciones para el sentido de las proposiciones de la ciencia empírica no puedan aplicarse a enunciados de otra naturaleza, no se deriva que estos últimos carezcan, en absoluto, de todo sentido.

13o. La propia teoría de la verificación no es verificable. De aplicar el criterio de los empiristas lógicos habría que concluir diciendo que la citada teoría de la verificación, por ser inverificable, carece de sentido.

14o. Decir que un juicio de valor es una forma disfrazada de imperativo o norma, sin probar el aserto, es caer en afirmación gratuita y es ignorar que las normas mismas, para tener validez, se apoyan en juicios de valor.

15o. "Que el conocimiento científico, en el sentido estricto definido por el uso riguroso de la lógica matemática, comprenda y resuelva en sí mismo toda otra investigación y, por tanto, toda actitud y todo comportamiento del hombre, es una tesis admitida tácitamente, pero no demostrada por Russell."

16o. Pensar —como lo piensa Russell— que la lógica matemática posee una verdad absoluta y una certeza infalible, contradice el carácter convencional que atribuye el mismo autor a los fundamentos de esa lógica.

17o. La Filosofía no es matemática. La matemática nada nos dice sobre la naturaleza del número, del espacio y del tiempo. Los conceptos originarios de la matemática (cantidad indistinta, división, unidad, número) son irreductibles a la lógica. Los axiomas no son proposiciones lógicas ni los conceptos básicos de la matemática son conceptos lógicos.

4. Falacias de los Analistas Lógicos

Para mostrar palabras metafísicas carentes de significado, Rudolf Carnap escoge dos ejemplos —desafortunados, por cierto— característicos del método analista: "el término metafísico 'principio' (en sentido de principio de existencia, no de principio epistemológico o axioma). Diversos metafísicos han ofrecido una solución a la cuestión de cuál sea el (supremo) 'principio del mundo' (o de 'las cosas', o de la 'existencia', o de 'el ser') y han presentado como tal al agua, al número, a la forma, al movimiento, a la vida, al espíritu, a la idea, al inconsciente, a la acción, al bien y similares. A efecto de descubrir el significado que la palabra 'principio' tiene en este problema metafísico, debemos preguntar a los metafísicos bajo que condiciones una proposición de la forma 'X es el principio de Y' es verdadera y bajo qué condiciones es falsa... El metafísico nos responderá aproximadamente como sigue: 'X es el principio de Y' quiere decir que 'Y surge de X', 'el ser de Y reside en el ser de X', 'Y existe por virtud de X', y así sucesivamente. Pero estas interpretaciones son ambiguas y tienen muchas interpretaciones posibles". Carnap concluye diciendo que faltan criterios para esta especificación meta-

física, que "la palabra ha sido desprovista de su significado original, sin que se haya otorgado alguno nuevo; lo que resta de todo ello es una especie de cáscara vacía" (*La superación de la Metafísica por medio del análisis lógico*, págs. 13-14, Centro de Estudios Filosóficos, U.N.A.M.).

Veamos ahora cómo pretende eliminar Rudolf Carnap la palabra Dios y la existencia misma de Dios de la "filosofía científica". "La palabra 'Dios' —nos dice— es otro ejemplo. Haciendo caso omiso de la variedad de usos que ha tenido en tantos órdenes, podemos distinguir sus usos lingüísticos a través de tres contextos distintos, de tres situaciones históricas que incluso llegan parcialmente a coexistir en un orden temporal. En su uso *mitológico*, la palabra tiene un significado claro. Ella misma —o términos equivalentes de otros lenguajes— es usada en ocasiones para designar a seres corpóreos que están entronizados en el Olimpo, en el Cielo o en los Infiernos, los cuales se hallan dotados en mayor o menor grado de poder, sabiduría, bondad y felicidad. En ocasiones también se utiliza para designar a seres espirituales que, a pesar de no tener cuerpos semejantes a los humanos, en alguna forma se manifiestan en cosas o procesos del mundo visible y resultan, por consiguiente, empíricamente comprobables. Por el contrario, en su uso lingüístico *metafísico*, la palabra 'Dios' designa algo que está más allá de la experiencia. El vocablo es deliberadamente despojado de cualquier significado relativo a un ser corpóreo o a un ser espiritual que se halle inmanentemente en lo corpóreo, y como no se le otorga un nuevo significado deviene a significativo... En el caso de este vocablo ni siquiera se ha satisfecho la primera exigencia de la lógica, o sea la exigencia de la especificación de su sintaxis, es decir, de la forma como aparece en su proposición elemental. En este caso la proposición debería tener la forma 'X es un Dios'; sin embargo, el metafísico rechaza completamente esta forma sin sustituirla por otra, o caso de aceptarla, no indica la categoría sintáctica de la variable X. Son categorías, por ejemplo: cuerpos, propiedades de cuerpos, relaciones entre cuerpos, números, etc. El uso *teológico* de la palabra 'Dios' se sitúa entre el uso *mitológico* y el *metafísico*. No hay aquí un empleo propio, sino una oscilación del uno al otro de los usos mencionados." (*Op. cit.*, págs. 14 y 15.)

Al utilizar el término *falacia* quiero precisar que entiendo por esa palabra la *base falsa en que se funda el sofisma*. En el caso de los positivistas lógicos estamos ante el caso típico de sofismos relativos a las premisas. En el caso de la palabra *principio* se ofrecen algunas de las diversas connotaciones que el vocablo ha tenido en la historia, sin precisar autores y escuelas, concluyendo por asegurar que "la palabra ha sido desprovista de su significado original, sin que se haya otorgado alguno nuevo; lo que resta de todo ello es una especie de cáscara vacía". Ahora bien, es falso que la palabra haya

sido desprovista de su significado original sin que se haya otorgado uno nuevo. La solución que dieron los presocráticos —solución cosmológica— se ha perdido ciertamente en la metafísica contemporánea, pero eso no quiere decir que por ese simple hecho la palabra haya quedado desprovista de significado. Precisemos nuevamente: la palabra *principio* significa: A) En un sentido cronológico o topográfico es lo primero de una serie espacial o temporal determinada, o de todo el tiempo (principio del mundo); B) En un sentido causal, aquello de que depende algo con algún género de dependencia dentro de un orden; C) En un sentido lógico: a) los elementos de que se constituyen los preceptos o conceptos complejos; b) los juicios primarios; a') materiales de que se derivan como de premisas por razonamiento los subsiguientes; b') formales que van implicados en toda afirmación y todo razonamiento (“primeros principios”). D) En el orden ético: las normas básicas de conducta moral y jurídica. E) En el orden metafísico, el Ser fundamental y fundamentante de todo lo anterior, al cual se puede llegar —entre otras vías— por la implicación insoslayable que se da de lo contingente a lo necesario.

La variedad de usos de la palabra Dios —uso mitológico con designación de ser corpóreo, uso metafísico más allá de la experiencia, uso teológico situado en los dos anteriores— lleva a Rudolf Carnap a desechar la palabra —y el concepto— por asignificativa. Como el metafísico no le otorga un nuevo significado al vocablo Dios —según Carnap— deviene asignificativo. El error de Carnap no puede ser más grosero. Parece ignorar que Dios, en el orden lógico, se presenta como *aseidad* o “ser-por-sí”. Entidad incausada imposible de limitarse. Razón de sí mismo. Ser Subsistente y necesario. Por ser actualidad pura, omniperfección —“falta de toda falta”— le llamamos infinito. Y el infinito no puede cambiar, excluye toda composición, no se opone a nada (es único), no es un cuerpo (porque implicaría finitud) y está totalmente libre de las condiciones temporales. Como realidad infinita es ser sin restricciones. Inmutable, simple. Como causalidad infinita u omnipotencia es causa, de manera total, de lo finito. Todo en El es infinito: Conciencia, gozo, vida perfecta, personalidad, ciencia, benevolencia, libertad creadora, sabiduría... Estos atributos del Ser fundamental y fundamentante, que la razón humana descubre, son incapaces de encerrar la plenitud del Ser Supremo, del *Deus Absconditus*. El estudio y la contemplación del universo creado, con todas sus maravillas, pone de manifiesto, a su modo, la omnipotencia, la omnisciencia y la infinita bondad de Dios, ensanchando nuestros horizontes, pero induciéndonos a cultivar la humildad intelectual.

En el orden existencial, Dios es amor. Ni yo, ni los otros, hacíamos falta: Estamos enviados —“arrojados”, dicen los existencialistas— a la existencia,

por la amorosa voluntad de Alguien. En este sentido nuestra existencia es una dádiva de amor de ese Ser que nos hace ser amorosos y que es el supremo Amor. Y con su amor nos comprometió a “estar en el mundo” amorosamente. Por eso en la más profunda subjetividad encontramos una intersubjetividad, una comunidad amorosa. Si existe nuestro amoroso afán de plenitud subsistencial —y esto es un hecho evidente—, existió siempre una *plenitud subsistente*, porque si no hubiera existido, el afán de plenitud subsistencial —y la misma idea de plenitud— sería un efecto sin causa. Pero un efecto sin causa resulta absurdo. La causa final es la causa de las causas. Lo que exige el argumento no es sólo una plenitud, sino una Plenitud subsistente.

Carnap pide una categoría sintáctica de la variable *X*, para llegar a una proposición elemental que debería tener esta forma “*X* es un Dios”. Añade que son categorías, por ejemplo: cuerpos, propiedades de cuerpos, relaciones entre cuerpos, números. Lo que Rudolf Carnap está haciendo es “pedir peras al olmo”. ¿Quién ha dicho que las categorías tengan que ser materiales o numéricas? ¿Por qué tendríamos que mutilar bárbaramente la reflexión metafísica —la más alta prerrogativa intelectual del hombre— sólo porque no entra dentro del empirismo carnapiano? Carnap combate la palabra “principio” y echa mano del principio de verificación. Carnap exige que todo sea verificable empíricamente y el principio de verificación no es verificable. Carnap se vale de un desafortunado texto de Heidegger sobre la nada —tomado de su obra *Was ist Metaphysic?*—, sin tocar jamás un texto de Santo Tomás de Aquino, de Francisco Suárez, de Xavier Zubiri o Nicolai Hartmann —para no citar sino unos cuantos ejemplos—, y decreta que todas las proposiciones metafísicas son pseudoproposiciones, sonidos verbales desprovistos de sentido. Lo que verdaderamente carece de sentido es el insostenible reduccionismo —a proposiciones empíricas, protocolarias— del positivismo “lógico” que atenta a la plural riqueza de la realidad y de la habencia.

Alfred J. Ayer cae en la ingenuidad de querer eliminar a la metafísica porque trasciende los límites de la experiencia sensorial. Tengamos la paciencia de escucharle: “Una manera de atacar al metafísico que pretendiese tener conocimiento de una realidad trascendente con respecto al mundo fenoménico, sería investigar de qué primisas fueron deducidas sus proposiciones. ¿Acaso no debe empezar, como los demás hombres, por la evidencia de sus sentidos?” (*Lenguaje, verdad y lógica*, pág. 40, Editorial Universitaria de Buenos Aires). Una cosa es empezar por los sentidos —también Aristóteles, Santo Tomás y Hartmann empiezan por los sentidos— y otra cosa muy diferente es que todo termine con los sentidos. El mismo A. J. Ayer en el libro citado está haciendo uso de la intuición intelectual, de la razón racio-

